

tiplicaba en sus prójimos el provecho. Para que sus razones tuviesen mas fuerza, é hiciesen mayor sensacion en las entrañas del Santo, usaron de un medio que moviese su interés. Sabian que era aficionado á la vida eremítica, y de aquí infirieron que no le podia desagradar la vida monástica. Propusieronle, pues, que en la referida ciudad podria edificar un monasterio en donde fuesen muchos los que sirviesen á Dios, y se criasen varones hábiles y virtuosos para dispensar á los pueblos la divina palabra. Facilitaronle esta empresa, prometiendo ayudarle con sus limosnas quanto bastase á conseguirla, asegurándole además que no les faltaria el alimento necesario. Esta representacion hizo tanta fuerza en el alma de S. Froylan, que condescendió con ella gustoso, y dejando su amada soledad, se vino con san Atilano á la ciudad de Viseo. Las promesas que nacen de la sencillez y rectitud de corazon siempre tienen su cumplimiento: Dios mismo las bendice y las lleva á debido efecto, derramando sobre ellas sus benéficas gracias, venciendo con virtud omnipotente cuantos obstáculos se presentan. Llegado que fué nuestro Santo á la ciudad, emprendió la fábrica del monasterio, y en breve tiempo le vió poblado de trescientos monges, que no cesaban día y noche de cantar las divinas alabanzas, y de derramar en los pueblos circunvecinos copiosos y espirituales frutos.

Gobernaba á la sazón el reino de los godos Alfonso, príncipe que por sus grandes cualidades en paz y en guerra, en lo eclesiástico y civil, fué llamado el Magno. Aunque tarde llegó á noticia de este gran rey la fama de Froylan, sus acendradas virtudes, su apostólica predicacion, y el grande fruto que habia hecho en tantos pueblos; concibió deseos de ver y tratar personalmente á varon tan santo, y para conseguirlo envió nuncios que en su real nombre le suplicasen quisiese venir á Oviedo, en donde el rey tenia su corte, y hacia su residencia. Luego que Froylan oyó la embajada, concibiendo que de condescender con el rey podrian seguirse grandes provechos á Dios y á su Iglesia, obedeció inmediatamente, emprendiendo el viaje para aquella ciudad. Como hubo llegado, se presentó al piadoso rey, quien en su aspecto y en su trato conoció un varon lleno del Espíritu Santo; admiró una y muchas veces los soberanos dones con que la divina gracia le habia enriquecido, y con un piadoso asombro de ver en un hombre tanta santidad, prorumpió en dar gracias á Dios que habia elegido tal siervo para gobernar las almas que creian en él. Las admiraciones y espanto no se quedaron solamente en unas señales estériles de la fuerte sensacion que la virtud de Froylan habia hecho en el ánimo real. Resuelto anti-

cipadamente aquel generoso príncipe á reformar las costumbres, que no habian podido menos de estragarse entre los horrores y desórden de la guerra, eligió á Froylan para que pusiese en ejecución este grande designio. Honróle mucho, dióle gran copia de dinero, y una potestad ilimitada para que recorriendo todo su reino, fundase monasterios en los sitios que para ello encontrase mas oportunos. Regularmente se elegia para este efecto un sitio ameno en donde con lo apacible del lugar se juntase la posibilidad de concurrir los pueblos á recibir la ensenanza de los monges, y á la celebracion de los divinos officios: algunos dicen que fueron muchos los monasterios que el Santo edificó, y que de ellos dan testimonio varias ermitas á la ribera del Ezla, en donde se divisan todavia ruinas, que parecen de grandes edificios; pero de testimonios auténticos solo consta que edificase dos, que por la santidad de sus individuos, y por el número de monges, equivalian á muchos. El uno fué el monasterio Tabarense, llamado así por estar edificado cerca de un lugar llamado Tabara, una legua distante del rio Ezla. En él se juntaron seiscientos individuos de ambos sexos, á quienes S. Froylan dió saludables instituciones para que se mantuviesen en el fervor de la vida monástica. Otro monasterio fundó el Santo en un sitio elevado y ameno cerca del rio Ezla, en el cual llegaron á juntarse como doscientos monges, á quienes igualmente comunicó la regla con que habian de vivir. Reservóse el Santo para sí la direccion de estos monasterios, que esto quiere decir el nombre de abad con que le señalaron los pueblos cuando pidieron al rey que le elevase á la dignidad episcopal.

Con gran tranquilidad de su espíritu y alegría de su alma gobernaba nuestro Santo sus monges; porque aunque no dejaba de serle pesada la carga de la superioridad, se la hacia llevadera la satisfaccion de ver el provecho que resultaba á los pueblos. Pero en este tiempo, que era por los años del Señor de 900, vacó la silla episcopal de la iglesia de Leon, y el pueblo, que estaba bien instruido de las escelentes cualidades que adornaban al santo abad para dignidad tan sublime, levantó la voz pidiéndole con ahinco por obispo, dirigiendo para este efecto al rey las supplicas mas eficaces. Alegróse Alfonso estraordinariamente con este hecho, porque ya habia tiempo que habia intentado persuadir á Froylan se ordenase de sacerdote, y no lo habia podido conseguir. La responsabilidad de las delicadas obligaciones que acompañaban al presbiterado era un muro tan fuerte, que no le habian podido vencer ni las insinuaciones de la amistad, ni la autoridad del trono. Viéndose Froylan elegido para obispo de

Leon, es indecible el sentimiento que se apoderó de su alma, y las esquisitas diligencias que practicó para eximirse de la dignidad. Representó al rey que tenia hijos en sus monasterios, los cuales exigian de justicia que emplease en ellos su vigilancia y cuidado; que seria un mal monge si se determinaba á dejar la pobreza y retiro de su celda por el esplendor de la dignidad pontificia; y últimamente, llegó á tanto su resistencia, que se atrevió á hablar al rey palabras tan amargas, que á no saber el monarca el gran fondo de virtud de que procedian, las pudiera haber tomado por insultos. Nada bastó á hacer desistir al rey ni al pueblo de la determinación que habian tomado; y así, aunque contra toda su voluntad, fué el Santo consagrado obispo de Leon en el dia de Pentecostes, juntamente con S. Atilano, que fué consagrado el mismo dia por obispo de Zamora. Constituido en la cátedra episcopal, como antorcha en el candelero, comenzó á difundir las luces de su sabiduría, y las benignas influencias de su virtud. Su iglesia y toda España las participaban en abundancia, porque á todas partes llegaban los ecos de aquella voz de trueno con que predicaba la palabra de Dios, cumpliendo las funciones de su augusto ministerio. Sin embargo de que habia encanecido en el ejercicio de las virtudes, unas veces habitando los desiertos, otras evangelizando á las ciudades, y otras, finalmente, dirigiendo á Dios copiosas turbas de monges, le parecia que nada habia hecho, y que su virtud era muy débil respecto de lo que exigía el cargo episcopal. Redobló todos sus ejercicios, aumentó las austeridades y multiplicó los trabajos, enseñando, corrigiendo y guiando por los senderos de la salud el rebaño que el Señor habia puesto á su cuidado. Cuantas virtudes requiere S. Pablo en un obispo cuando escribe á Tito y á Timoteo, otras tantas se procuró Froylan por medio de la divina gracia; y así, tanto los monges como los clérigos y legos experimentaron en él un sabio maestro, un pastor vigilante, un prelado dulce y un padre amoroso.

Cinco años obtuvo la silla episcopal con el provecho que era consiguiente á sus excelentes prendas. Por el mes de enero de 905 se hallaba en la ciudad de Oviedo presenciando una donación que el rey D. Alfonso hizo á la santa iglesia del Salvador, en que manifestó asimismo la devoción y amor que tenia á Froylan y á su iglesia. El Señor queria ya premiar á su siervo fiel, que tan buena cuenta daba de los talentos que le habia confiado; pero quiso antes que aun en este mundo quedase una prueba de lo que le habia agradado, señalándole con el don de profecía. Profetizó Froylan grandes cosas antes que sucediesen, y entre

ellas, que aquella tierra seria devastada por la guerra, la hambre y la peste. Al rey D. Alfonso, al clero y al pueblo les hizo igualmente semejantes profecias, anunciando á cada uno en particular lo que le habia de suceder; y como ya la esperiencia les tenia acreditado que residia en él un verdadero espíritu profético, todos se prepararon con lágrimas de compuncion para esperar los sucesos. Una de las cosas que predijo fué el dia y hora en que su alma habia de ser desatada de los lazos de la mortalidad para reinar con Jesucristo. Poco antes de que sucediese esto convocó á todos sus monges y al clero, y teniéndolos presentes, les hizo primeramente un vivo discurso, exhortándoles á la observancia de la ley santa de Dios, y á mantener con teson todas las santas reglas que les habia dado. Concluyó su razonamiento, diciéndoles como Dios le llamaba para sí, y señalando el dia y hora en que habia de morir, y presentarse delante de su Dios. Estas últimas palabras llenaron de consternacion á todos los circunstantes; bien presto se divulgaron por toda la ciudad y por los pueblos circunvecinos. Querer explicar el dolor, los gemidos y llanto que manifestaron todos sus súbditos, seria pretender un imposible. Las tropas de gente de ambos sexos, de todas las edades y jerarquias, andaban confusamente por la ciudad anegados en lágrimas, y manifestando su dolor con sentidos lamentos; unos lloraban sin consolacion la miserable orfandad en que quedaban; otros levantaban las manos al cielo, clamando á voz en grito: ¿Por qué, ó Padre, nos dejas, desamparando el rebaño que te habia sido encomendado? Entre tanto el santo obispo se fortalecia con los sacramentos de la Iglesia; y habiendo llegado la hora que tenia profetizada, durmió el sueño de los justos, y su alma santísima fué presentada entre coros de ángeles á su Criador para recibir el premio debido á sus trabajos. Sucedió su tránsito dichoso dia 5 de octubre del año de 905, habiendo vivido setenta y tres años. Su cuerpo fué sepultado en un sepulcro precioso, que tenia fabricado para sí el rey Alfonso en la iglesia de Leon. Allí permaneció hasta los años de 999, en que viniendo Almanzor á las comarcas de Leon, procuraron los ciudadanos poner en salvo las sagradas reliquias de su santo prelado, llevándolas á un lugar montuoso de los Pirineos, llamado Valdecesar, en cuya iglesia, dedicada á S. Juan, permaneció hasta que por solicitud de una princesa fué llevado al monasterio de Moreruela, del orden del Cister. Hallábase desconsolada la iglesia de Leon por la falta de las reliquias de su pastor S. Froylan. Hizo varios oficios con los monges de Moreruela, para que la volbiesen un tesoro que la pertenecia; pero todos fueron inútiles: por tanto se

quejó formalmente al sumo pontífice, quien habiendo nombrado por juez de esta causa al legado Jacinto, éste sentenció que los sagrados despojos se repartiessen igualmente entre la iglesia de Leon y el monasterio. Hizose la traslacion con toda la pompa y aparato que convenia á la adquisicion de tan preciosas reliquias, y á la dignidad de iglesia tan respetable, y fueron colocadas en el altar mayor de la catedral en una preciosa urna de plata, donde los fieles las veneran, premiando Dios su fe y su devocion con continuados favores.

SAN PLÁCIDO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

SAN Plácido, hijo de Tértulo, senador romano, de una de las mas ilustres y mas antiguas familias de Roma, desde su niñez fué encomendado á la disciplina del gran patriarca S. Benito, objeto á la sazón de la veneracion y de la admiracion de toda Italia. A los siete años de su edad le llevó su padre al santo patriarca para que le educase por sí mismo en el monasterio de Sublac. No podia menos de producir escelescentes frutos aquella tierna planta, cultivada por tan diestra mano, y en tierra tan fértil de santos. Habia nacido el niño Plácido con tanta propension á la virtud y con tan bellas disposiciones para el estado religioso, que á pocos dias de su residencia en Sublac fué la admiracion de todo el monasterio. No le espantaron los penosos ejercicios de la austera vida que se hacia en él: tan lejos de necesitar que le animasen á llevar aquel pesado yugo, superior á las fuerzas naturales de su tierna edad, fué menester tirar de la rienda á su fervor. Querria Plácido asistir á todos los actos de comunidad, y practicar todas las penitencias que hacian los demás. Causaba verdaderamente admiracion ver aquel niño entrar el primero en el coro para cantar dia y noche las alabanzas del Señor, y valerse de muchísimas industrias para mortificar su inocente carne. No hubo novicio mas devoto, mas humilde, ni mas obediente que él. Animábanse los mas antiguos con el ejemplo del niño Plácido. Refiere S. Gregorio, que enviándole un dia á sacar agua de cierta laguna inmediata al monasterio, cayó en ella con el peso de la herrada, y las olas le llevaron dentro de la laguna, hasta un tiro de piedra distante de la orilla. Estaba S. Benito en su celda, y revelándole Dios aquel triste accidente, llamó á su discípulo Mauro, y le mandó que prontamente acudiese á socorrer al niño Plácido. Llegó Mauro á la laguna, y sin pensar siquiera en el peligro á que se esponia, se metió intrépidamente por ella, caminando por las aguas milagrosamente endurecidas, y cogien-

do á Plácido por los cabellos, le sacó á la orilla con duplicado milagro.

Luego que Plácido volvió en sí le preguntaron en qué pensaba cuando se vió en medio del agua, y ya á punto de ahogarse. Respondió, que cuando sintió que le tiraban por los cabellos, vió sobre su cabeza la piel que servia de hábito á S. Benito, y que el santo abad le habia tenido de la mano todo el tiempo que estuvo en el agua, para que no se hundiese en ella.

Despues de este lance hizo Plácido aun muchos mayores progresos en el camino de la perfeccion. Al paso que iba creciendo en edad, iba tambien adelantándose en sabiduría, en prudencia y en virtud. Amábale el santo patriarca como á uno de sus mas queridos discípulos, previendo con luz profética que habia de honrar la religion, siendo el primero que la ilustrase con la corona del martirio. Era Plácido el compañero ordinario del santo abad; y así como el Salvador escogia á los discípulos mas amados para testigos de sus maravillas, de la misma manera siempre que S. Benito habia de hacer algun milagro, llevaba por socio á Plácido. Cuando hizo brotar de las entrañas de un duro peñasco una copiosa fuente para servicio del monasterio, quiso que Plácido fuese testigo de aquel prodigioso suceso; y cuando fué S. Benito á echar por tierra los ídolos que se adoraban en el Monte-Casino, y á fundar en él, por decirlo así, la casa patriarcal de su órden, llevó á Plácido por su compañero.

Es verdad que ningun discípulo dió nunca mas honra á su maestro que nuestro jóven Plácido daba al suyo. Cada dia crecia mas su fervor, y cada dia crecia tambien mas su humildad, su devocion y su puntualidad en la observancia de las mas menudas reglas.

Habiendo hecho donacion á S. Benito el señor Tértulo, padre de nuestro Santo, de muchas y grandes posesiones que tenia en Sicilia, resolvió el santo patriarca enviar allí á su amado discípulo Plácido para que fundase un monasterio, y le dió por compañero á Donato y Gordiano, dos santos monges de la casa de Monte-Casino. Diólos su bendicion, comunicándolos su espíritu, y los mandó partir para aquella apostólica expedicion. En Capua fué recibido S. Plácido con grandes demostraciones de ternura y de veneracion por S. German; en Benevento por san Martin; en Canoso por S. Sabino; en Regio de Calabria por S. Sisinio, obispos todos respectivamente de dichas ciudades; porque en aquellos felices tiempos eran pocos los obispos que no fuesen santos. En todas partes iba el nuestro obrando grandes milagros; pero su humildad los atribuia todos á su santo pa-